

Ayala, entre dos mundos

¿Dónde está Francisco Ayala? ¿En Nueva York o en Madrid? ¿Está explicando una lección, o anda enfrascado en una nueva novela? ¿Qué hace ahora, dónde para?

A los hombres de su generación, la vida les ha llevado y traído sin cesar; a los españoles, en particular, les ha ofrecido varias dictaduras, varias democracias, varias guerras, todo vario, mudable, diverso. Para muchos vivir ha significado cambiar, adoptar, como Montaigne, una personalidad ondulante y diversa; para unos pocos, en cambio, ha sido luchar por ser sí mismos, fieles a un fondo oscuro y creador, que mana incesantemente en los más diversos paisajes.

Recuerdo la sorpresa que, hace ya muchos años, me produjo la obra de Francisco Ayala. Sorpresa ante su calidad, ciertamente, pero tal vez más aún ante su unidad profunda y esencial. Las novelas y los estudios sociológicos en que esa obra se diversifica y concreta aparecen movidos por un común motivo y afán: el conocimiento del hombre, un conocimiento que alcance a iluminar su modo de vivir concreto y su más radical consistencia.

La sociología de Ayala gira en torno a la crisis del hombre moderno y a la necesidad de orientarse en un mundo donde las transformaciones sociales,

como avalanchas geológicas, han destruido el alvéolo de creencias desde las que sería posible proyectar una vida coherente. Es un cambio social que arrastra consigo los valores que estaban establecidos. En determinados momentos queda tan sólo el puro esfuerzo por sobrevivir y ser. En otros, el hombre se aferra con violencia, desesperadamente, a alguno de esos valores que encuentra en torno, para dar consistencia a su vivir, y surge entonces el fanatismo inhumano, que destruye desde dentro al hombre mismo.

A la sociología de la crisis del hombre corresponde un mundo de ficción que gira en torno a los conflictos de la existencia humana.

Las novelas de Ayala, las narraciones cortas, son historias personales, llenas de dramatismo. No hay en ellas una sombra costumbrista, y a las veces no hay asomo de paisaje; lo que hay son vidas en tensión, personajes cuyas creencias, deseos y temores van fraguando una existencia más o menos auténtica, en frecuente conflicto consigo mismo.

¿Acaso no se podría decir que Ayala novela siempre en torno a un yo que vive dramáticamente su relación con la circunstancia? Vivimos siempre el mundo desde determinadas creencias e interpretaciones. La jerarquía de necesi-

dades y de posibles acciones resulta de nuestra escala de valores; cuando ésta se altera, se invierte, se oscurece o se pierde, la crisis personal es inevitable. Pero las consecuencias de esa crisis son, precisamente, las que ha de padecer y soportar cada cual en su radical soledad, apurando el fondo del vaso de la propia existencia.

Las peripecias de los personajes de Ayala no son externas, sino íntimas; no se refieren propiamente al mundo, sino al yo; son problemas de identidad, que giran en torno al esclarecimiento —y a la aceptación— del propio fondo, de la verdad de sí mismos.

En cierto modo, la ficción de Ayala no regala de golpe una personalidad monolítica: antes al contrario, hace que el lector asista al autoesclarecimiento, al proceso de la revelación de un cierto quién por debajo de los recuerdos, las ansiedades y con frecuencia los remordimientos nacidos de las posibilidades que fracasaron sin llegar a ser. Hay siempre una distancia entre las imágenes que procuran tener estos personajes para tranquilizarse y aquietarse, y el fondo de su persona, que va emergiendo en el análisis a que las somete el autor en su creación.

Releyendo, por puro gozo de lector, esa breve pieza maestra que es *El inquisidor*, admiraba yo recientemente el saber de Francisco Ayala. El espíritu inflamado de un judío cristiano nuevo y tornado obispo, que persigue judaizantes y entrega al fin a su hija a ese mismo círculo trágico de sospechas, tormento y destrucción, condensa una pluralidad de planos con talento singular. A veces ve el lector esa figura, que evoca ciertos cuadros, desde el entorno íntimo y silencioso del palacio episcopal; se ve su mesa, su alimento escaso, los legajos, el tintero, la pluma —una pluma en el aire, como la que conserva en su mano *San Ildefonso*, del Greco—. Pero apenas sin transi-

ción, ya estamos dentro de la piel del señor obispo: ahora vemos sus dudas y al mismo tiempo su inflexible modo de eliminarlas; vivimos desde dentro la rigidez deshumanizada de un alma intoxicada de fanatismo, un alma que excluye la comprensión, la tolerancia, la inclinación hacia el reo, que se nutre incansablemente de sospecha, porque está en guardia ante todo frente a su propio pasado, frente a su memoria y su vida.

Entrando y saliendo de la intimidad del obispo, yendo de su mundo interior a su mundo exterior, de su yo a su circunstancia, de su duda a su humanidad, el lector descubre una estructura de personalidad que trasciende la España del siglo xvi, cruza los siglos y los países y llega a dar fruto en los totalitarismos y fascismos del siglo xx, como un caso más de esa «mala conciencia» de que habla Sartre. Aquí la condición humana, siempre problemática, siempre insegura, singularmente cuando se acerca a la intimidad del prójimo, y pretende comprenderla, se mineraliza, se torna cerrada, alma sin poros, como hubiera dicho Ortega.

Es una historia que cala en la más honda problemática de la persona humana, sin filosofar entre líneas, poniendo ante los ojos, como un emblema renacentista pudiera hacerlo, una viñeta en acción: un obispo, un palacio, unas pocas palabras agrias, y un mundo de posibilidades de dolor y sufrimiento para esos personajes imaginarios. La ficción permite asistir, analíticamente, al drama circunstancial de sus personajes; la multiplicación de los puntos de vista hace posible que el lector vea desde dentro y desde fuera los comportamientos y situaciones, y la distancia que se introduce entre esos planos muestra directamente los efectos patógenos del germen del fanatismo.

¿Por qué, reiteradamente, la breve historia de Ayala me traía el recuerdo,

lejano, pero cálido, del relato unamuniano de *Amor y pedagogía*? ¿Acaso es una asociación ocasional y carente de sentido?

Mucho se ha dicho del estrecho vínculo que ligó a Ayala con Ortega; no hablemos de la teoría sociológica, las generaciones, las crisis, las ideas y las creencias y tantos otros elementos recogidos y repensados por Ayala de entre la obra de aquél; o de la proximidad política que se desprende de algunas recientes páginas de Ayala en sus *Recuerdos y olvidos*. Habría también que aproximar su modo de novelar y algunas ideas orteguianas acerca de la esencia de la novela —ese ámbito donde se visualiza la tensión entre el proyecto humano y la realidad a que aquél quiere hacer frente. Pero lo que ahora me inquieta es esa otra vertiente unamuniana de la creación de Ayala, una vertiente esencial y profunda.

A través de la novela, Unamuno exploró la vida humana. Como Marías indicó hace muchos años, la novela permitía contar la vida, asistir a su fluencia, captar su estructura sin recurrir a una trabazón teórica y conceptual, mediante la presentación del drama desde un punto de vista personal creado, o mejor, recreado por el novelista. Y así, *Amor y pedagogía*, un tremendo exabrupto unamuniano frente a la cosificación del hombre a través de una eugenesia y una pedagogía toscas, simplistas, ofrece una imagen un tanto paralela de la que ofrece la narración de Ayala. Frente al fanatismo religioso, un fanatismo «científico», que elige esposa en función del índice cefálico, y busca la producción de una persona reduciéndola al nivel de mero objeto con propiedades determinadas de antemano. Una previsión y sagacidad infinitas para la educación de unos hijos, un afán de control sobre las circunstancias en que sus vidas se desenvuelven, anidan en el alma del

obispo de Ayala y del don Avito unamuniano. También, en ambos casos, un factor desatendido, la condición amorosa y libre de la persona, vuelve por sus fueros, deshace los proyectos familiares, introduce la tragedia, y abre la puerta a la muerte —hijos convertidos en víctimas, tal vez precio de la rígida inhumanidad de sus padres, más adictos a sus abstractas ideas que a las personas más próximas y entrañables—.

Ayala, como antes Unamuno, lleva a cabo ante los ojos lectores la disección del conflicto, de un conflicto tan genérico como arraigado en la humanidad. En el primero hay, sin embargo, un nivel de concreción circunstancial más rico, más detallista, que se sirve de la historia para lograrlo. Está el inquisidor en su mundo, tal vez el siglo xvi, tal vez el xvii, y en algún obispado español, tal vez Segovia, tal vez Osma, o Toledo, o Ciudad Rodrigo. .. No es difícil ver al trasluz otros mundos, otras inquisiciones, y la misma intrasigencia. Por debajo de las situaciones históricas Ayala parece descubrir el trasfondo intrahistórico, las líneas del perfil de cierta naturaleza humana.

No renuncia a los datos históricos; no desea, pienso yo, mantener el espíritu de abstracción y la falta de mundo que caracteriza muchos de los relatos unamunianos. Quiere que la vida de sus personajes tenga su lugar y su tiempo, como los buenos dramas clásicos. Pero también quiere que sean tras-ponibles a otras situaciones los conflictos que le interesan. Ayala, «exiliado nato», como se llamó a sí mismo alguna vez, está interesado en este mundo archiconcreto, al tiempo que en el otro, el de la estructura típica, esencial, suprasituacional de las vidas humanas. El novelista y el sociólogo que anidan en su espíritu han encontrado un modo de convivencia integrada en su mundo de ficción. Y ese mundo

contiene melodías formales de distintos conflictos que siguen resonando en el fondo de las almas de nuestro tiempo. Por eso su ficción esclarece la comprensión del hombre mismo. En la cabecera de sus cuentos y novelas bien pudiera poner la fórmula consagrada: *De te fábula narratur*.

Junto a su preocupación por el hombre, hay siempre en Ayala una preocupación española. «Dios mío, ¿qué es España?», se preguntaba Ortega hace más de medio siglo. ¿Qué es este país nuestro?, seguimos preguntándonos hoy mismo, en el nuevo marco sociopolítico democrático. Ayala se encuentra ahora cumpliendo lo que pienso que es el deber de todo aquel que ha participado, desde dentro, en la peripecia histórica de la España contemporánea: dejar memoria personal de su vivir. Es la condición esencial para la continuidad de nuestra existencia colectiva. Sus recuerdos, sus olvidos, como los

ha llamado, hemos de integrarlos en nuestro pasado propio. Pero, aún más allá, permítaseme confesar una personal ilusión: la de llegar a leer esa novela de Ayala, llena de su sabiduría, de su experiencia, de su saber sobre el hombre, y sobre la sociedad, que viniera a prolongar una admirable tradición de nuestros hombres del 98: la representación imaginaria, esencial, al tiempo que arraigada en concreción y en detalles, de nuestra historia colectiva, ofreciéndonos una imagen de nuestro siglo xx. Si alguien puede prolongar la línea de *Paz en la guerra*, o del *Ruedo ibérico*, con recursos literarios que no desmerezcan de los de Unamuno o Valle-Inclán, y a ello pueda añadir la capacidad de análisis social e histórico necesario, es sin duda Francisco Ayala, uno de los escritores esenciales de nuestra lengua.

•H.-C.*

* Catedrático de Psicología. Universidad de Valencia.